

Domingo XIV del Tiempo Ordinario (09-07-23)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

Estas palabras de Jesús, de acción de gracias al Padre porque *ha escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las ha revelado a los pequeños*; este es el buen parecer, esta es la decisión, esta es la voluntad de Dios. Son palabras profundas de emoción, de cariño y de alegría por parte de Jesús, al ver que, en medio de la tristeza, de haber predicado la Palabra a ciudades que eran religiosas (eran las tres ciudades más religiosas de Galilea: Corozáin, Betsaida y Cafarnaún), y sin embargo, cuando Él había predicado y había anunciado con milagros y hechos sencillos, pero profundos, la manifestación y la revelación de Dios, estas ciudades siendo religiosas y siendo de religiosidad hebrea (como nosotros en Lima somos muy católicos)... ¡no se convirtieron!

Y Él sintió que, entonces, como ha dicho hoy día el Papa, solo les gustaba el espectáculo, lo exterior. Entonces, aplaudían los milagros, pero no se convertían, porque no había un cambio de la vida en algo fundamental como es el hacer lo mismo con los hermanos cuando recibimos un don de Dios.

Si recibimos el don de la fe, de la alegría, hay que compartirla. Si somos sanados tenemos que ayudar a sanar al otro, y así siempre lo que Dios hace por nosotros, tenemos que traducirlo en un comportamiento. Eso es lo que no veía Jesús en esas tres ciudades, inclusive, había una de ellas, Cafarnaún, a la que le dice Jesús: “Cafarnaún, ¿te vas a alzar hasta el cielo?”... como la torre de Babel, pues todo lo que te está pasando a ti y este modo de ufanarse, de creerse la divina

pomada, te hundirá peor que Sodoma, porque Sodoma se podía haber convertido mucho más si veía esos signos que ustedes, que se encierran en sí mismos en sus creencias, creyentes en su religiosidad y piensan que ya poseen toda la verdad.

Esto es muy importante para nosotros porque siempre es un riesgo de los países, de las sociedades en donde se es muy religioso, creer que ya se posee a Dios y se posee la verdad y, entonces, uno ya no cree nada más ni comprende a nadie más. Nos está pasando también en nuestra sociedad y en todo el país, somos un país muy religioso, pero a la vez, pensamos que la religión es repetir las cosas de siempre; y cuando hay algo nuevo que tiene que mejorar, algún error que hay que corregir, nos resistimos a corregirlo porque decimos que “siempre se hizo así, ya no se puede cambiar”. Esa dureza de corazón, ese extremo de sectarismo, de posesión de las verdades de la fe sin considerar lo que la fe misma nos dice, que “el centro de la fe es amar, comprender y abrirse al Otro”; esa costumbre de encerrarse, sobre todo, es muy fuerte en este tiempo de nuestra historia y la historia mundial, en donde, como hay una crisis, todo el mundo piensa que mejor decir “me agarro de lo más seguro”; pero en la inseguridad, en vez de ayudarnos mutuamente en el camino para ver cómo salimos de la inseguridad y cómo comprendemos y superamos las nuevas cosas que están pasando, elegimos parapetarnos a la antigua manera y nos enredamos porque creemos que esa es la verdad. Y resulta que eso nos hunde más.

Por eso, este orgullo, esta vanidad religiosa, es muy criticada, sobre todo, por Jesús, porque esas tres ciudades que he mencionado, tenían *mucha influencia del grupo fariseo*. Y el grupo fariseo había establecido un sistema de control de tal

manera que todo el mundo repitiera lo mismo y no se cambiara nada. Entonces, la influencia de los fariseos era fuerte y, por eso, es que Jesús empieza a darse cuenta de que los únicos que han entendido y se convierten son los pequeños, los sencillos, la gente simple, la gente humilde.

Eso nos dijo el Papa Francisco en su viaje al Perú en 2018, cuando fue, en primer lugar, a Madre de Dios, donde están los pequeños. Y una cosa que dijo es que debemos escuchar los relatos de la gente de la selva, de la Amazonía, porque ellos, en sus dolores, de todo lo que les han maltratado su selva, su ambiente; a la vez, tienen el sueño y la esperanza de cosas buenas, porque comprenden muy bien lo que revela el Señor.

¿Y qué nos revela? El Papa lo dijo esta mañana, que Dios quiere revelarse a nosotros por medio de hechos liberadores y re-conformadores de la vida, de nuestras vidas; es decir, nos libera para que hagamos una vida nueva. Y, a través de esos hechos, el Señor se revela con signos concretos de cercanía, ayudándonos a comprender que la vida tiene que ser siempre un seguimiento de la revelación del Señor en nuestra historia.

Por tanto, nuestra religión es una religión que siempre está atenta por dónde aparece el Señor, porque no solamente ha aparecido una vez, Él sigue apareciendo porque ha resucitado y, por medio de su Espíritu, sigue ayudándonos. Y finalmente, algún día nos ayudará de tal manera que nos resucitará a todos, y como dice el profeta Isaías, nos sentaremos en el monte de Sión a tomar vinos de solera y carnes abundantes ... ¡es una fiesta lo que nos espera!

Y, por eso, para esperar eso, hoy día tenemos que identificar de qué maneras, en este mundo que es tan difícil, podemos construir la hermandad, construir formas de anticipar el Reino

de Dios en esta historia. Y por eso, todo cristiano es un misionero y, por lo tanto, un testigo; es aquel que permanentemente está atento a su Señor en la historia. Eso es difícil, pero no es imposible y, además, hemos dicho muchas veces que el Señor nos orienta a un cristianismo de “ojos abiertos” e inteligente, no de ojos cerrados y obtusos, sin inteligencia, sin sabiduría. Él nos vuelve sabios, nos hace discurrir, nos hace madurar y nos hace crecer como personas, porque nos hace ser libres.

La libertad está ligada fundamentalmente a la fe. Si en la fe no hay libertad, no es la fe cristiana. Si uno se pone rígido y, entonces, hace ciertas cosas y tiene miedo, eso no es la fe cristiana, la fe cristiana es la confianza, el aprender a confiar unos en otros, en ayudarnos.

Y, hoy día, estamos peligrando, hermanos, en todo el mundo, con esta tendencia a la polarización por todo lo difícil que está pasando, la crisis económica, la crisis ecológica, los terremotos, el fenómeno del Niño y todo esto que nos está pasando. Es verdad que estamos preocupados, pero, ¿cómo resolvemos los problemas en esa situación? Bueno, hay que conversar juntos cómo solucionarlo, porque nadie tiene la varita mágica, nadie. Entonces, en vez de estarnos peleando, (¡“yo tengo la razón”, “tú no la tienes”, “tú eres un idiota”¡, con insultos y agresiones terribles que son propiciados por pequeños grupitos, pero que incentivan a todos al miedo.

Lo que hay que hacer es sentarnos a conversar cómo solucionamos esto problemas, qué les parece a ustedes... Nosotros mismos en la Iglesia estamos llamados por el Santo Padre, que ha descubierto esa maravillosa fórmula que la propone a todos, esa **forma sinodal**, caminar juntos e ir conversando sobre cómo vamos a hacer nuestra Iglesia.

La Iglesia puede cambiar de formas, hermanos. Cómo no va a cambiar de forma si la primera comunidad cristiana fue expulsada junto con todos los judíos de Jerusalén y tuvieron que andar peregrinando por el mundo. También a nosotros nos puede tocar una situación difícil. Y, de ser así, ¿por dónde vamos a ir todos peregrinos por el mundo? Como los migrantes ¿Y cómo se vive una Iglesia de migrantes? ¿Cómo viven los migrantes su fe católica? Conversando y viendo en el camino cómo pueden encontrar cobijo, y cómo pueden seguir caminando para poder volver a su pueblo algún día.

Las cosas se resuelven conversando, no peleando. Y, desgraciadamente, en los últimos tiempos, ahora que estamos en el mes de la Patria y rezamos también por ella, estamos en una locura de ambiciones y de poder espantosas. De tal manera que todo quiere ser controlado y, entonces, no nos vayan a decir que es verdad que las soluciones están en manos de una sola cabeza, que es la que dirija a todos y los ponga a todos de rodillas. Si en la Iglesia no lo pedimos a pesar de que creemos en un Señor en el cual nos ponemos de rodillas, pero para levantarnos, para adquirir las fuerzas de Él y poder ser seres humanos vivos, comprometidos, hermanos unos de otros, ningún poder humano puede establecerse como omnímodo, como total sobre la vida de las personas.

Y por eso vamos a ir avanzando en estas Fiestas Patrias para poder conversar entre nosotros de una manera interesante y aportar, como Iglesia, así como el Papa quiere la sinodalidad en la Iglesia que va a trabajarse y estudiar a partir de octubre e el Sínodo, vamos también nosotros a ser signo de diálogo en nuestras parroquias, en todos los lugares donde estamos, para propiciar el que los problemas que tenemos los entendamos y comprendamos también, y no estemos acusando a uno y a

otro, sino entender dónde están los problemas y veamos posibles soluciones.

Lo propio de lo cristiano es la humanidad, y la humanidad de los pequeños nos ayuda porque son los que comprenden y sienten más hondamente los problemas y, si es que no se desesperan, pueden salir muchas cosas interesantes; pueden surgir ideas lindas porque, quien sufre, tiene de alguna manera una solución porque sueña algo nuevo. En cambio, quienes se la pasa bien, no sueñan porque ya “está en el cielo”, en “su” cielo, y nos condenan a todos a estar en la Tierra, y nos condenan a hacer de la Tierra un infierno. Y esas personas que el Señor Jesús les dice hoy día “sabios y entendidos”, esos son los que en realidad no están entendiendo a dónde vamos y, por tanto, no participan de esta maravilla del diálogo.

Enseñarnos juntos a dialogar desde la base de la sociedad genera cosas nuevas. Y eso tenemos que hacerlo en la Iglesia, una Iglesia que dialoga, que participa. He visto que ustedes tienen un ánimo de participación muy bueno, porque ahora que he cantado el Gloria a Dios, inmediatamente, han respondido. Antes, yo veía que solo cantaban los coros. Es verdad que los coros ayudan a cantar, pero todos tenemos que cantar en la Iglesia, porque somos sujetos, somos personas humanas y somos hermanos y hermanas, todos participantes de la calidad de la vida de la Iglesia que es para promover a las personas, no es para volverlas unas personas así medias desconchunfladas, que no saben qué hacer porque están todo el tiempo con miedo. Y los sacerdotes tenemos que habituarnos a entendernos como promotores, no como sustitutores de las personas.

Todos valemos, hermanos y hermanas, y el Señor, hoy día, nos dice que valen, **sobre todo, los pequeños**. Y por eso, nos

dice a todos también que, como el Padre le ha entregado todo a Jesús, todo su corazón, toda su vida y que nadie lo conoce como Él, y los dos se conocen entre ellos, también el Hijo le da esas cosas profundas del Señor a aquellos a quienes quiere Él revelarlo.

¿Y a quiénes quiere revelarlo? A aquel que es designado por el Padre para recibir esa revelación. ¿Y quiénes son? Los que están **cansados y agobiados**: *“Vengan a Mí todos los que están cansados y agobiados porque yo los aliviaré”*. Miren qué bonitas palabras de parte del Señor para decirnos que todo lo que vivimos en la Iglesia, toda la fe, toda la esperanza, toda la caridad, es la de Dios que viene especialmente a los que son humildes y mansos, porque van a encontrar descanso para sus vidas y esperanza.

Coloquémonos en esa situación, reconozcamos que, a veces, somos orgullosos de nuestra fe y que despreciamos a otros, y empecemos a entender a todos esos otros que nadie entiende, y que tienen todos esos sufrimientos que necesitan ser escuchados y compartidos. Y como muchos estamos acá, pues, entonces, ayudémonos mutuamente y también vayamos a todos los sitios donde hay gente que sufre para compartir nuestra vida con ellos, porque Dios ha destinado y, a través de la sabiduría de los pequeños, el mundo encuentre salidas hasta que encuentre, finalmente, la salida final, que es el encuentro del Reino de Dios con el Padre en el día final.

Que Dios los acompañe en este camino, y que Monseñor Prevost, a quien el Señor lo ha puesto en un puesto alto de la dirección de la Iglesia, así, humildemente, pueda servir al Señor desde ahí y hacer que haya buenos obispos para nuestros pueblos, porque es el jefe de los obispos y, por eso,

ha sido integrado a los colaboradores directos con el Santo Padre.

Que Dios nos bendiga a todos y que nuestra Iglesia florezca por la capacidad de entendernos, de comprendernos, de dialogar y, sobre todo, de encontrar al Señor en lo más hondo del sentido vivo de las personas pequeñas y sencillas.

Amén